

diéramos llamar neta o bruta, para el instinto de la especie; sin embargo, su potencia amorosa será en absoluto distinta. Uno puede haber consumido su vida en la adoración de un ideal místico o de un ideal femenino, como Don Quijote; otro puede haber realizado la dicha de la convivencia con una mujer; otro puede haber dispersado su ímpetu en aventuras fugaces; otros, en fin, pueden haber caído por el derrumbadero de la perversión. Es muy posible que cada uno de estos hombres, con su misma capacidad de amar, pero en circunstancias distintas, hubiera podido ocupar el puesto de los otros. Lo que les diferenció fue la elección del objeto, del mismo modo que en una reunión de tiradores uno da en el centro del blanco, otros en las cercanías y algunos se quedan con el arma inédita en las manos.

Esta elección del objeto no depende sólo del azar de la vida, sino principalmente del grado de diferenciación y progreso del instinto mismo. Para mí es indudable que este progreso se hace siempre en el mismo sentido, desde la indiferenciación del objeto del instinto hacia su máxima diferenciación. Más adelante, la diferencia del sexo va hacia a un grupo de individuos dotados de determinados caracteres, sin los cuales la atracción no existe en condiciones normales. Este grado va siendo, a medida que la diferenciación del instrumento avanza, cada vez más reducido, porque la elección se hace sobre caracteres cada vez más definidos. Así se llega al grado supremo de la diferenciación.

#### *La perfección de la monogamia.*—

Este proceso coloca, pues, la monogamia como la forma perfecta de la vida sexual. De aquí el que sean muy pocos los individuos preparados en la época actual para ella. Y así nos explicamos el poco éxito que esta afirmación mía suele tener cada vez que la hago en público. Sin embargo, no suele dudarse de ella si examinamos el proceso de evolución en las especies animales y en el hombre. En las especies inferiores es hermafrodita, y por lo tanto, el acto reproductor sólo es la división del individuo en dos sexos distintos. En otros animales, incluso los más próximos al hombre, para cumplir el fin reproductor sólo buscan el sexo, pero jamás a un individuo determinado. Esto es privativo de la especie humana. La misma evolución se observa a través de la vida del hombre. El niño no siempre carece de una sensualidad viva, como han demostrado Freud y otros investigadores. Cuando esta sensualidad existe, el infante, influido todavía poderosamente por esa suerte de hermafroditismo de las primeras especies, busca el objeto de su instinto en cualquier individuo, sin reparar en su significación.

La diferencia del sexo se caracteriza en las mujeres, y sobre todo en los hombres, más que por el despertar de la atracción, como suele creerse, por la especificación del objeto. A partir de los años de la pu-

bertad, en efecto, sólo es capaz de suscitar la pasión el sexo contrario. Pero todavía la diferenciación no pasa de ahí, de esa actitud de atracción hacia el otro sexo. La elección diferencial, el hallazgo de la mujer o del hombre específico no ocurre hasta que se alcanza la madurez. De aquí la tragedia de que el matrimonio temprano—conveniente desde muchos puntos de vista—corre el peligro de romperse por esa diferenciación tardía del instinto en la edad de la sazón. Esta es la explicación biológica y, por tanto, noble de rupturas tardías de parejas hasta entonces irreprochables. Sobre todo, es posible en la mujer, porque la evolución es más lenta que en el hombre. Por fortuna, atenúa el peligro de este suceso la docilidad con que muchos hombres y mujeres se condicionan en el instinto a la influencia del hábito. La convivencia llega a crear casi un instinto nuevo, y hay muchos seres humanos que viven y mueren en este artificio. ¿Quién sabe si, en el fondo, son más perfectamente felices que los que sólo obedecieron a la influencia pura del instinto!

Sin embargo, la diferenciación del objetivo amoroso no siempre se alcanza. Hay quien observa igual actitud cínica durante toda su vida, y entonces corre de mujer en mujer, porque el motivo de su atracción no es una mujer determinada, sino la mujer como sexo. Es el caso de Don Juan, detenido en el umbral de la femineidad, ya incapacitado de localizar su atracción en ninguna mujer de las infinitas que pasan por sus manos. Por eso he considerado siempre el amor donjuanesco como un amor inferior, un amor vecino del de los niños o el de las mujeres muy diferenciadas, y, por lo tanto, un amor afeminado, aún cuando este concepto del afeminamiento de Don Juan haya sido tan mal interpretado por algunos. Varios hombres superan, sin embargo, esta etapa cínica.

#### *La evolución del instinto sexual.*—

El ser humano de tipo medio tiene en el amor lo que se llama su tipo, es decir, un tipo: alto, bajo, moreno, rubio, enérgico o dulce, del que no se sale como no sea obligado por la necesidad. El hombre, a lo largo de la evolución, realiza y afina el objetivo de su instinto. Las etapas de esta evolución son, por lo tanto, las siguientes:

Primera. La etapa del objeto específico; es decir, cuando el objeto busca turbiamente al individuo, cualquiera que sea su sexo, como ocurre en estados inferiores de la vida animal y en ciertas fases de la niñez. Segunda. La etapa cínica, en la que es objeto de la atracción el sexo opuesto; etapa normal en la vida de los animales y en la vida de los hombres. Tercera. Etapa en que la atracción se ejerce por un cierto número de individuos del sexo contrario, dotado de cualidades psíquicas o morfológicas. Y, finalmente, la etapa individual o monogámica, en la que la fuerza se hace hacia un solo y único ser del otro sexo.

Esta etapa es la que caracteriza al hom-

bre, perfectamente viril, al de mayor diferenciación sexual.

Es decir, que la poligamia en aquella calidad de hombres, que es la más numerosa, se reduce a un verdadero ejercicio de variaciones sobre el mismo tema. Nos lo demuestra el hecho de que, con gran frecuencia, estos hombres de tipo medio muestran una tendencia instintiva a elegir siempre ejemplos femeninos de cualidades invariablemente semejantes. Es frecuentísimo, por ejemplo, el caso que tanto sorprende al vulgo de que un hombre abandona su compañera habitual por una amante que se parece extraordinariamente a aquélla. ¿Será posible que el hombre, en lo futuro, en un futuro lejano, claro está, supere esta etapa del grado, la superior de la estrictamente individual? Creo que sí, y que en un futuro muy remoto, ciertamente, cada hombre tendrá su sola Beatriz intrasferible.

En la práctica, esta diferenciación individual del instinto tiene que luchar con grandes dificultades materiales para el hallazgo del ser elegido y específico. El instinto no puede ser como puerta abierta al primero que pase; pero es difícil que sea una cerradura que la obstruya. El rumbo que toma la vida sexual moderna en el sentido de un menor rigor en el conocimiento sexual de hombres y mujeres, facilitará seguramente la facultad del hallazgo específico. Mientras prosigan las trabas de la vieja moral, el hallazgo de la media naranja será muy difícil, y debe quedar, por ahora, puramente al azar.

Esta es la situación actual de los hombres sexualmente superiores. Y como el objeto de su instinto es sólo una mujer absolutamente única, y como el hallarla es prácticamente imposible, ocurre que corre sin cesar de mujer en mujer, sin atreverse a abordarla, y menos a intimar con ella por el miedo insuperable al desengaño. En consecuencia, estos varones se conducen como tímidos, pero no por timidez auténtica, sino por exceso de hombría, por la misma calidad excelsa de su instinto varonil.

*El caso de Amiel.*—Éste y no otro, es el caso de Amiel. En la mayoría de los casos, y en el de nuestro escritor, ocurre, sin duda, la desviación del instinto en el sentido de la supervalorización del ideal. Su instinto de la valorización física del amor se engendra en los semejantes, en los ejemplos del hogar y de la vida conyugal de los padres. En el caso de Amiel se justifica con multitud de datos que no puedo referir ahora. Estos malos recuerdos infantiles le condujeron a la depreciación del valor físico y a la supervalorización del ideal femenino. Por eso Amiel no fue justo cuando, ya en la madurez, arremetió contra el dogma de la virginidad de María. El dogma de la virginidad de María es, sin duda, una de las sugerencias que más enérgicamente pueden influir en la mente de niños y uno de los símbolos más elevados del prestigio de la civilidad. Hasta que la vida nos muestre la verdad escueta, nos